

nebleau: cacerías, bailes, banquetes, excursiones campestres, comidas de campo, visitas á los monumentos más notables: en una palabra, los soberanos agasajaron cumplidamente á su augusto huésped, del cual no se separaron hasta que el 14 de mayo le acompañaron á la estación del ferrocarril, donde se despidieron de él afectuosamente.

## V

## EL REY DE BAVIERA

A la visita del gran duque Constantino siguió inmediatamente la del rey de Baviera Maximiliano II.

El ministro de Francia en Munich era á la sazón el barón de Meneval, hijo del secretario de Napoleón I. El barón, que renunció poco después á la carrera diplomática para hacerse cura, había escrito el 27 de enero de 1857 al conde Walewski: «Aunque el barón von der Pfordten no me haya avisado oficialmente, sé que el rey Maximiliano tiene vivos deseos de visitar la Francia y pasar algunos días en París en el mes de mayo próximo. Una persona que por su intimidad y su posición en la corte de Baviera se halla en el caso de conocer los sentimientos del rey, me ha confiado este deseo, añadiendo que S. M. no volverá probablemente á Munich sin dejar satisfecha la inclinación que le induce á ir á ofrecer al emperador el testimonio de sus respetuosas simpatías.»

El 12 de mayo el barón de Meneval decía en otro despacho: «La atención y el interés públicos se fijan en la estancia que el rey se propone hacer en París. El orgullo y la delicadez, estas dos pasiones dominantes del carácter alemán, se preocupan un poco de la acogida que aguarda al rey en la corte imperial, así como de la impresión que dejará en ella. El público y sobre todo la corte de Baviera no ven sin cierto recelo que el rey Maximiliano aborde ese teatro deslumbrador y que afronte el brillo y la majestad que rodean el trono y la persona de nuestro emperador. Por mi parte estoy convencido de que el resultado de ese viaje será satisfactorio, y que dejará en la mente del rey el mejor y más duradero recuerdo. Francia no puede menos de ganar en la confianza y admiración de Europa ofreciendo á los soberanos extranjeros la noble y cordial hospitalidad de que se muestran tan deseosos y tan agradecidos.»

Maximiliano II, nacido el 28 de septiembre de 1802, era el primogénito del rey Luis y fué discípulo de Schelling. A consecuencia de la abdicación de su padre, subió al trono el 21 de marzo de 1848. Muy versado en los estudios filosóficos, protegía las letras y las ciencias. Habíase casado en 1842 con una princesa prusiana, María, hija de Guillermo, tío del rey de Prusia Federico Guillermo IV. Era tío del rey de Grecia Otón.

Maximiliano II llegó á Lyon el 15 de mayo á las seis y media de la tarde, siendo saludado al salir de la estación con una salva de veintiún cañonazos.

Formaban en la carrera tropas de todas armas, desde la estación hasta la fonda de Europa, donde debía alojarse el rey. Éste iba en una carretela tirada por cuatro caballos, y al estribo derecho el mariscal de Castellane, comandante en jefe del ejército de Lyon. Los generales conde Partouneaux y Luzy Bonat alternaban en el estribo izquierdo á medida que el rey pasaba por delante de su división respectiva.

El mariscal de Castellane escribía en su diario: «El rey de Baviera tiene unos cinco pies y cuatro pulgadas. Es muy atento y discreto, y siempre tiene frases amables para los que le hablan. Le gustan las artes. Es nieto del rey Maximiliano I, que con el nombre de príncipe Max mandó el regimiento extranjero de Dos Puentes al servicio de Francia, en tiempo de Luis XVI.»

Napoleón III había enviado á Lyon para recibir al soberano bávaro á su ayudante el general barón de Beville, á su caballerizo el conde de Riencourt, y al conde Carlos Larcher de la Pagerie, primer chambelán de la emperatriz. El mariscal de Castellane añadía acerca de este último: «El conde Carlos de la Pagerie, hijo del intendente de la emperatriz, es un hombre de cuarenta y cinco años, y se ha criado en Baviera, donde ha sido paje. Es un sujeto excelente.»

La noche de su llegada á Lyon el rey fué de incógnito, primero al Gran Teatro y luego al teatro de los Celestinos. Al otro día, 16 de mayo, pasó revista á las tropas en la plaza Bellecour.

El 17 salió para París. En el momento de subir al vagón, el mariscal le presentó los generales que, después de su paso por delante de su brigada, habían acudido á la estación. El rey estuvo muy amable con cada uno de ellos y dijo que jamás olvidaría las atenciones de que habían sido objeto en Lyon.

Hemos dicho que el gran duque Constantino había marchado de Fontainebleau el 14 de mayo. El emperador y la emperatriz se quedaron en aquella población aguardando al rey de Baviera que debía llegar el 17. El 16 hubo una cacería en el bosque, pero Napoleón III no asistió. Habiendo recibido noticias alarmantes sobre el estado de salud del senador M. Vieillard, uno de sus más antiguos amigos, tomó el primer tren, acompañado solamente del general Montebello, y encaminóse en coche desde la estación de Lyon á la morada del hombre á quien quería mucho desde su infancia.

17 de mayo. — El rey de Baviera llegó á Fontainebleau á las seis de la tarde. Fué recibido en la estación por el mariscal Magnán, el general Fleury, el prefecto de Sena y Marne y el general jefe de las tropas del departamento. Muchos carruajes de la corte aguardaban al soberano y á su comitiva, y un escuadrón de cazadores de la guardia formaba la escolta. En el patio del Caballo blanco, llamado también patio de la Despedida, estaba formado un batallón del tercer regimiento de granaderos de la guardia, y escalonado en las gradas de la escalera de herradura un destacamento de los cien guardias. El emperador, seguido de los oficiales de su cuarto militar, salió al encuentro del rey hasta el pie de la

escalera, en lo alto de la cual estaba la emperatriz rodeada de todas sus damas. Hicieron las presentaciones en la galería de Francisco I, y se sirvió la comida en la galería de Enrique II, decorada con los frescos de Primaticio.

18 de mayo. — Napoleón III y el rey de Baviera subieron á un pequeño coche que el mismo emperador guiaba y dieron un paseo por las cercanías. El



Maximiliano II, rey de Baviera

mismo día llegaron de París las personas invitadas á pasar una semana en el palacio.

19 de mayo. — El emperador presidió por la mañana el consejo de ministros. Por la tarde paseó en carruaje con el rey de Baviera. La gran duquesa viuda de Baden, la princesa María, duquesa Hamilton y todos los invitados dieron un largo paseo por el bosque.

Por la noche el emperador ofreció á su regio huésped una fiesta nocturna que fué magnífica.

A las diez, millares de luces de Bengala iluminaron por completo el jardín inglés é hicieron resplandecer todo el conjunto de la arquitectura del palacio. El lago estaba surcado de barcos empavesados y adornados de flámulas multicolores. Los coros de la Opera, colocados en el pequeño pabellón que hay en medio del lago, alternaban con la banda de música de los granaderos de la

guardia. Un fuego de artificio compuesto por Rugieri y cuyas piezas bogaron á flor de agua, antes del ramillete final, terminó esta velada, favorecida por un tiempo magnífico.

22 de mayo. — Toda la corte, después de dar un paseo por el bosque, comió al aire libre en las gargantas de Apremont.

24 de mayo. — El emperador, la emperatriz y el rey de Baviera oyeron misa en la capilla de palacio, y en seguida marcharon á París, donde los recibió en la estación de Lyon el príncipe Napoleón, que la víspera había regresado de un viaje á Alemania. El rey comió en las habitaciones que ocupaba en el pabellón de Marsán.

26 de mayo. — Hubo en la Opera una función de gala.

El 27 de mayo el rey recibió en su aposento, en el palacio de las Tullerías, al cuerpo diplomático. Por la noche el emperador dió un gran banquete, después del cual el soberano bávaro fué á la Opera, donde se cantaba *El Trovador*. El 29 visitó la tumba de Napoleón, la iglesia de Santa Clotilde y la Santa Capilla. Por la noche asistió á la función del Gimnasio.

El 31 de mayo el barón de Meneval escribía desde Munich al conde Walewski: «La acogida que el rey de Baviera recibe en este momento en Francia, las atenciones de que es objeto por parte del emperador, conmueven el corazón y halagan la vanidad de sus súbditos. Estoy plenamente convencido de que la residencia del rey en París contribuirá poderosamente á que los bávaros le tengan más aprecio y consideración. El esplendor que rodea al emperador, la admiración de que es objeto por parte de sus amigos así como de sus enemigos en Alemania, la elevada idea que se tiene de su carácter y recto criterio, dan en efecto gran valor á la afabilidad de su acogida y parecen realzar el mérito del príncipe que en estos momentos es objeto de ella. Ni una sola persona deja de hablarme con efusión de la hospitalidad magnífica y benévola que el rey recibe en París. Sé que el rey está sumamente agradecido y que las cartas que escribe á la reina están llenas de frases de gratitud al emperador. Creo que la impresión que le dejará este viaje será duradera, y me felicito por haber contribuído á inspirarle la idea de realizarlo.»

2 de junio. — El emperador pasó revista á ocho regimientos de caballería y seis baterías de montaña, en honor de su regio huésped, en el terreno del hipódromo de Longchamps. La emperatriz y la gran duquesa viuda de Baden se presentaron en carretela descubierta ante el frente de las tropas.

3 de junio. — El rey visitó á Versalles y Saint-Cloud, saliendo de París el 8 para regresar á sus Estados.

El 17 el barón de Meneval dirigía al conde Walewski este despacho: «El rey ha conservado el más grato y profundo recuerdo de los días que ha pasado en Fontainebleau y en París. Aunque, según los usos de la corte de Baviera, los ministros extranjeros jamás obtienen audiencia del rey sino para entregarles sus credenciales ó cartas de sus gobiernos, S. M. se ha dignado prescindir de esta

etiqueta, por lo general rigurosamente observada, para expresarme verbalmente el agradecimiento y la admiración que le ha inspirado la acogida de SS. MM. II.

«Vuestro emperador, me ha dicho el rey, no tan sólo es el soberano más grande de Europa, sino también el mejor de los hombres. He sostenido largas é interesantes conversaciones con él, y por consiguiente, he tenido ocasión de apreciar la bondad de su corazón y la seguridad de su recto juicio. Le quiero tanto como le admiro, y tengo la más completa confianza en la elevación de su carácter y en la nobleza de sus sentimientos.»

»El rey se había puesto para recibirme, lo que no hace por nadie, las insignias de la Legión de Honor, que, según me ha dicho, ha recibido de manos del emperador.»

Por aquella época, las relaciones de la Francia imperial con todos los países alemanes sin ninguna excepción tenían un carácter íntimo. Napoleón no sospechaba entonces que esa Alemania, cuya lengua hablaba tan bien y cuya literatura admiraba tanto; esa Alemania á la cual profesaba tan profunda simpatía, una verdadera predilección y cuyos monarcas le demostraban tan gran deferencia, sería algún día, por una dolorosa y terrible mala inteligencia, tan funesta para él y para Francia.